



**Revista Digital La Pasión del Saber**

ISSN:2244-7857 / Depósito Legal: ppi200902CA3925

## **El Esclavo.** (The Slave)

Isaac José Naranjo Méndez  
Universidad José Antonio Páez  
Valencia, Venezuela.

Recibido: 01-12-2024  
Aceptado: 20-12-2024

Las calles de Mediolanum, la nueva capital imperial desde que el augusto Docleciano se instalase allí, no había estado nunca más viva desde su fundación. Una anomalía en el medio de Italia, considerada como la provincia más latina del Imperio, precedía a la República romana por un par de siglos; la habían habitado los insubres, una tribu de origen celta, 600 años antes del nacimiento del que varios hombres de Mediolanum ya consideraban Señor, cuando, como decían las tradiciones, Belovesus, hijo del rey galo Ambicatus, fundó la ciudad con el nombre celta de Medholanum. Desde ese momento, e incluso después de su conquista romana, Mediolanum no dejó de ser en su alma una ciudad bárbara, donde los celtas y germanos que deseaban ampararse por la pax romana vivían sin asimilarse nunca completamente del todo. Las costumbres de allí eran, en principio, romanas, tras más de 500 años de dominio latino sobre ellos, pero la diversidad de personas que habitaban la ciudad era bastante considerable, tanto en vestimenta y apariencia como en forma de hablar y comportarse.

Por las calles de Mediolanum solía caminar Rutilus, un muchacho de mirada perdida y ojos apagados, como se lo encomendaba su señor cada día. Ya habrían pasado algo más de 5 años desde que Lucio Escipión, el amo de Rutilus, le había comprado en un mercado de esclavos. Le dijeron que era un huérfano de las provincias fronterizas, pero que nadie sabía verdaderamente su origen específico. Lucio Escipión, que buscaba un muchacho pequeño y exótico para que le sirviese de copero en una fiesta de gran coste, se convenció más que nada por el precio: como Rutilus era mudo, tenía un precio bastante menor comparado a los otros muchachos, y considerando que ya se estaba llevando bastantes talentos en la fiesta, decidió ahorrar en el servidor.

—¿Me entiendes?

Le preguntó Lucio Escipión al muchacho pelirrojo. Su mirada estaba hacia abajo hasta ese momento; parecía como indemne al mundo, pero la realidad era que hasta ese momento habían pasado semanas desde que alguien le dirigiese la palabra. En el momento que se le consideró mudo, nadie se molestaba en hablarle. Para sorpresa del

vendedor y, en parte, de Lucio Escipión, el muchacho subió la mirada y asintió. El vendedor estuvo tentado a subirle el precio en algunas monedas al pelirrojo, pero Lucio Escipión, un tribuno retirado y afamado por su servicio a Roma, era extremadamente imponente y se sabía que consideraba a la palabra como algo fundamental.

—Muy bien. Ahora te llamarás Rutilus. ¿Cómo te llamas?

Rutilus, algo extrañado, dirigió su mano con simpleza a su cabeza. Rutilus en latín significaba brillo o fuego, y era claro que el nombre se le asignaba por su apariencia pelirroja. Era, claro, algo irónico que un muchacho tan taciturno como él recibiera el apodo de ‘ardiente’ o ‘vehemente’, sin embargo, era un nombre escogido al azar por un hombre que, como todo romano que había servido en el oficio público, propugnaba en todo un aire de pragmatismo. Cuando Rutilus, ahora vestido y preparado para su labor, sirvió a su señor en aquella fiesta, se sintió Lucio Escipión muy extrañado al ver que se comportaba de una manera bastante correcta y acorde para la ocasión. Sospechó que ese niño no era un niño bárbaro agarrado de cualquier lado, y por tanto, decidió preguntarle, tras terminar la fiesta, cuál era su historia en verdad. La fiesta pasó sin mayores acontecimientos, y mientras Rutilus limpiaba la casa tras el festejo, le preguntó Lucio Escipión de forma directa y recia.

—¿Sabes escribir, verdad?

Rutilus le volvió a mirar, y tras dos segundos asintió levemente. Lucio Escipión le preguntó.

—¿Y por qué no hablas?

Rutilus apartó la mirada. Abrió la boca levemente, y podía verse que tenía lengua. Lucio Escipión, que no estaba para juegos, le agarró del brazo de forma recia, pero sin maltratarlo.

—¿Entonces?

Rutilus le miró con algo de temor. Dijo en una vocecita ronca y muy suave.

—No recuerdo casi nada; sólo recuerdo que mi casa la incendió una turba, y que con quienes estaba nadie sobrevivió. Me recogieron y luego me vendieron, pues nadie me reclamó como suyo, o deseaba cuidar de mí. Luego, llegué acá; pasé varios días sin poder hablar, y pensaron que era mudo. Me pareció inútil tratar de mostrar lo contrario cuando ya estaba en venta.

—¿Y cómo sabes comportarte como un romano?

Rutilus apartó la mirada. No sabía cómo decirle la verdad.

—Mi padre era ciudadano de Roma, y mi madre murió cuando nació.

Lucio Escipión le miró inquisitivamente. Sin embargo, Rutilus no era más que un esclavo; qué más daba si era o no un noble o lo que fuese en su vida anterior. Más bien, había obtenido un regalo divino, pues un esclavo letrado era uno bastante caro. No le hizo más preguntas, y Rutilus vivió a partir de allí una vida relativamente cómoda: le era encargado el comprar las cosas para la casa de Lucio Escipión, pues sabía contar, y por tanto podía obtener buenos precios en los mercados. También escribía y leía las cartas para su amo, y algunas pocas veces debía de limpiar la casa si se encontraba particularmente sucia, como, por ejemplo, cuando había fiestas religiosas.

Rutilus, sin embargo, solía comportarse como un mudo. Sólo Lucio Escipión sabía que él podía hablar; en el mercado solía señalar las cosas con su dedo para pedir las, y daba el pago exacto sin tener que dirigir una sola palabra con el vendedor. En ese mercado solían encontrarse todos los habitantes de Mediolanum, incluso aquellos que se considerarían nobles o de muy alta clase. Después de todo, allí estaban las noticias más importantes; la nueva noticia era el edicto del augusto Constantino, quien había decretado la tolerancia para los cristianos en todo el imperio. La ciudad que se dio primero por enterada fue Mediolanum, pues allí, como capital del imperio, fue donde se decretó el edicto. Rutilus se había enterado el mismo día del edicto, y dejó salir un suspiro al decirsele. Al llegar a su casa, su amo le preguntó.

—¿Qué dice la gente del mercado?

—El emperador ha decretado tolerancia a todos los que se hacen llamar cristianos.

—¡Bah! Qué sarta de tonterías.

Y así como había iniciado la conversación, terminó, sin querer Rutilus tocar más el asunto, mucho menos al ver cómo su señor había reaccionado. Lucio Escipión era un pagano convencido, y en su oficio de tribuno había apresado a varios cristianos que se reunían en catacumbas. Ese mismo día, le llegó noticia que su sobrina Aurelia iría a visitarlo por unos meses, dado que su hermano, el padre de Aurelia, había fallecido inesperadamente. Aurelia, quien no se había casado hasta ese momento, tenía solo como pariente a Lucio Escipión, aunque con eso bien bastaba y sobraba. Dos días más tarde, Aurelia se mostró como una romana corriente, con facciones mediterráneas y latinas bien caracterizables, con una nariz fuerte y aguileña sin llegar a ser muy grande, y una mandíbula más bien puntiaguda. Aurelia, al llegar, se notaba muy alegre y quizás hasta algo dulce; también era una muchacha algo simpática, aunque iba vestida de forma más bien modesta. Rutilus pensó que era debido al luto que guardaba por la muerte de su padre, sin embargo, cada vez que la mirada de Aurelia estaba en el perímetro de Rutilus, él inmediatamente bajaba la cabeza, con tal de asegurarse que bajo ninguna circunstancia las miradas de ambos se cruzasen. Sin embargo, Aurelia no pudo evitar preguntarle a su tío.

—¿Este quién es, tío? No te veía desde mi niñez, y pensé que más bien te desagradaban los esclavos.

—Es correcto, me desagradan. Sin embargo, tuve la suerte de comprarme, ya hace varios años, a Rutilus. Es de buenas maneras y no habla a excepción de que se lo pidas. Escribe, lee y cuenta sin problemas. Y, si recuerdo bien, me salió excepcionalmente barato.

—Hm... ya veo. ¿Es él, entonces, quien hace las compras de esta casa?

—Sí; siempre va él solo. Estaría bien que ahora tuviese un acompañante. Como yo nunca tuve una esposa, supongo que ese papel te convendría tenerlo a ti, Aurelia.

—Es correcto.

Aurelia se volteó a ver a Rutilus; le sonrió levemente, aunque Rutilus no se dio cuenta, realmente. A diferencia de varios romanos, Aurelia le dijo con algo de cordialidad.

—Estoy encantada, Rutilus. Ya sabrás que me llamo Aurelia.

Aurelia le acercó la mano; Rutilus la tomó con bastante indecisión, dado que no era correcto para un esclavo tocar a otro ciudadano romano. Al tactarse sus manos, Aurelia procedió a dibujarle un pez, de manera muy discreta, en la mano a Rutilus. Este levantó la cabeza, y se turbó bastante. Dijo con una voz extraña, mal modulada y que apenas se comprendía.

—Mi señor... debo retirarme al baño. Vuelvo en un momento.

Sin siquiera esperar el permiso de Lucio Escipión, Rutilus se fue de la habitación. Ese signo lo conocía desde hacía bastante, y se sintió muy preocupado de que, en particular, la sobrina de su señor también lo supiese. Aurelia y Lucio Escipión quedaron muy extrañados, sin embargo, continuaron su conversación sin prestarle mucha atención a lo que era un esclavo, después de todo. Rutilus se dispuso a hacer que limpiaba la casa, a pesar de que no necesitaba limpieza. Deseaba por todos los medios evitar a la sobrina de su señor, pero esto no era realista dadas las circunstancias. Aurelia, ya sin la presencia de su tío y quizás sin notar las intenciones de Rutilus a primera vista, le dijo de manera muy franca.

—Claramente, has entendido mi signo. ¿Crees que Cristo es el Señor?

—No lo sé—se limitó a decir Rutilus, con una voz ahogada y deseando esconderse en ese preciso momento, como si él fuese la mujer y ella el hombre.

—¿Cómo que no lo sabes? Si entiendes el signo, en algún momento lo fuiste. Sabes lo que es un cristiano, y debes saber entonces si eres o no eres uno

—Yo no era cristiano, sino mi padre. Incendiaron nuestra casa, hace ya varios años, porque él no quiso renegar. Yo no negué nada, dado que no dije nada, en general, durante todo el asunto; estaba muy asustado, aunque no lo comprendía todo. Él murió,

y yo quedé vivo, de alguna manera. Sin embargo, ahora soy un simple esclavo, cuando antes tenía un hogar y un padre, y hasta ciudadano romano.

—Pero tu pelo y tu cara no son de romanos. ¿Tu padre era un celta?

—No; lo era mi madre. Ella murió en el parto, y se me ha dicho que era una cristiana. Mi padre era un galorromano, aunque era, como yo, hijo único.

—¿Y por qué no sabes si eres cristiano?

—¿Cómo puedo ser aquello que siento, realmente, que ha destruido mi vida para la posteridad?

—¿Ha sido el cristianismo quien mató a tu padre y te hizo esclavo?

—No; pero se siente como si así hubiese sido la cuestión. Lo que siento es que a mi padre le importó más Cristo que a mí, cuando en algún momento él lo era todo para mí. Y era, genuinamente, lo que más quería en este mundo.

—Te aseguro que tú también eras lo que él más quería en este mundo.

—¿Y por qué no pudo mentir?

—Porque Cristo no es de este mundo; querer a Cristo es querer a la verdad. Porque Él es la verdad. Tu padre hizo lo correcto, y te aseguro que la providencia te ha recompensado muy a pesar de que tu situación te parezca insalvable.

—¿Pero no es todo esto... injusto? No hice nada, absolutamente nada, para merecer siquiera una sola cosa de todo eso.

—El mundo es injusto, porque el hombre es injusto; y la vida también es injusta, porque todos somos esclavos de lo que Dios ha planeado, por muy incomprensible que nos parezca. ¿De qué provincia eras?

—Vivía en Iliria antiguamente.

—He conocido casos de restitución; habría que buscar pruebas de que tu padre fue un ciudadano romano, y tras el edicto del agosto Constantino, seguramente podrás volver a ser libre. Te prometo por mi vida que lograré y me abocaré a ello, aunque no creo que eso vaya a sentar bien con mi tío. Sin embargo, te pido a cambio una sola cosa.

Rutilus levantó la mirada; no le había mirado en toda la conversación hasta ese momento. Aurelia continuó.

—Te pido que confíes en mí, y vuelvas a tener esperanza de que a pesar de que la gente es mala, la buena voluntad lo supera todo. No te pido que tengas fe en Cristo, pues con que creas eso, ya lo demás vendrá por sí solo. ¿Cuál era tu antiguo nombre?

Rutilus tenía años sin pensar en su antiguo nombre, por no decir de su antigua vida. Le dijo entonces.

—Publio Cornelio.

Con una voz tranquila, quizás hasta algo suave. No estaba negándose a creer, lo cual ya era un gran avance; de alguna forma, algo de esperanza había sobrevivido en su corazón. Los días continuaron, y Rutilus ayudaba a Aurelia con la gran mayoría de quehaceres, y cubría sus pistas cuando, por ejemplo, tenía que ir a congregarse bajo el ojo vigilante de su tío. Sin embargo, un día, por olvido, Aurelia dejó un crucifijo en su cuarto. Su tío, hecho una furia, llamó de inmediato a Rutilus, y le preguntó muy fuertemente quién había dejado ese crucifijo allí. Rutilus dijo entonces que había sido él, que lo había encontrado en la calle; que se le había olvidado allí por error. Lucio Escipión, quien nunca había creído particularmente en las mentiras de Rutilus, le dio un puñetazo en el rostro, dejándole aturdido y tirado en el suelo. Aurelia, conmocionada por todo el ruido, fue hasta su cuarto y encontró toda esa situación; bajo a ver a Rutilus, y viendo que estaba malherido, le reclamó a su tío el golpe. Lucio Escipión, hiperventilando de la rabia, le dijo a ella.

—¡He tomado por esclavo a un cristiano! ¡No sabes que esa afrenta los verdaderos hombres las pagamos haciendo un ejemplo de ti con tu señor!

Era verdad que a los esclavos de castigo también se les crucificaba. Aurelia admitió entonces que ella era la cristiana; Lucio Escipión explotó en ira, y le agarró por el cuello de forma brusca. La empujó contra la pared, y Aurelia, apenas pudiendo ofrecer resistencia, se resignó a morir. No fue sino una extraña providencia, el colapso súbito de su tío, lo que le salvó la vida: de tanta rabia que había sentido, parecía ser que le había dado un paro al corazón. Aurelia cayó desfallecida al suelo, medio muerta, pero medio viva. Rutilus, por su parte, pudo reincorporarse a los pocos minutos. Revisó que Aurelia estuviese bien, y se quedó mirando el cuerpo inerte de Lucio Escipión. Ambos quedaron juntos, y Aurelia unió su mano a la de él.

—¿Esta es la providencia de la que hablabas? —le preguntó Rutilus

—Es una forma de ellas; sí.

Rodrigo, marqués de Villaplana